

DIA VEINTE Y DOS.

SANTA CECILIA, VIRGEN Y MÁRTIR.

Fué Cecilia una ilustre doncella romana, que desde luego escogió por herencia suya á Jesucristo consagrándole su virginidad. En medio de eso, sus padres la desposaron con un caballero jóven, llamado Valeriano, y se comenzaron á dar disposiciones para la boda, siendo todo fiestas, diversiones, música y sa-raos mientras aquellas se concluian. Solo el corazon de Cecilia estaba cubierto de tristeza y de dolor. Al mismo tiempo que en la gala exterior brillaba el oro y la mas preciosa pedreria, traia á raiz de sus delicadas carnes un áspero cilicio, y pasaba las noches en fervorosa oracion para alcanzar del Señor que desvaneciese aquel tratado, ó, en caso de efectuarse, la amparase con extraordinaria proteccion para conservar intacta su virginal integridad. Cuando oia los instrumentos músicos que resonaban en casa de sus padres, elevando su espíritu á su celestial esposo, le decia: *Una gracia os pido, dulcísimo Jesus mio, y es que ni mi corazon ni mi cuerpo pierdan jamás ni una mínima parte de su entereza: no sea frustrada yo de este favor que espero de vuestro poder.* Llegó, en fin; el dia de la boda; pero aquel Dios, en quien habia puesto toda su confianza, fué guarda fiel de su virginal pureza. Luego que se vió á solas con su esposo Valeriano, le habló de esta manera. *Valeriano, un secreto tenia que confiarte; pero no lo haré mientras no me empees tu palabra de que no ha de salir de tu pecho.* Empeñóse Valeriano, y Cecilia prosiguió di-

T. II.

P. 480.

S^{TA} CECILIA, V. Y M.

ciendo: *Pues has de saber que la guarda de mi cuerpo está á cargo de uno de aquellos espíritus celestiales que sirven á mi dueño y á mi rey en la corte del empireo, centinela invisible de mi virginidad que la defiende contra todos los que se atrevan á atacarla; y si pretendieras tú violar este sagrado, desde el mismo punto se declararíá enemigo tuyo; pero al contrario, si le respetares y me dejares intacta, experimentarás tú el mismo amor que me profesas á mí, y gozarás como yo de su hermosísima presencia.* Dió el Señor á estas palabras toda la eficacia y toda la mocion que Cecilia deseaba; tanto, que desde aquel mismo punto comenzó Valeriano á mirar á su esposa con veneracion y con respeto. Respondióle, pues, que solo deseaba ver aquel celestial espíritu, protestando estaba pronto á poner en ejecucion quanto le prescribiese para hacerse digno de tanto favor. Replicóle Cecilia que para lograr aquella dicha era indispensable creer en Jesucristo y bautizarse. Impaciente Valeriano con el encendido deseo de ver al ángel, corrió presuroso á recibir el santo bautismo, que, despues de bien instruido, le confirió el papa Urbano; y vuelto á su casa, encontró á Cecilia en oracion dentro de su cuarto, y á su lado un hermosísimo ángel, cuyo semblante resplandecía como el sol, con dos alas encendidas en un purísimo fuego, y en cada mano una corona tejidas ambas de rosas y de azucenas de una frescura incomparable, siendo su hermosura embeleso de los ojos y recreo del olfato su inexplicable fragancia. Puso á cada uno su corona en la cabeza, diciéndoles que el esposo de las vírgenes les presentaba aquel regalo cuyas flores jamás se marchitaban ni perdian el suavísimo olor, pero que no podrian ser vistas sino de las almas puras y castas. Extático de gozo Valeriano, pidió á Dios con grande instancia la conversion de su hermano Tiburcio; y asegurándole el ángel que el

Señor le había otorgado esta gracia, desapareció. A este tiempo entró Tiburcio en la sala, y refiriéndole fielmente Valeriano todo lo que había sucedido, le exhortó á que imitase su ejemplo. Instruyóle Cecilia: dió solución á todas las dificultades, quedando tan convencido, que al punto salió de casa, fué en busca del santo pontífice; y habiéndole este catequizado, le confirió el sacramento del bautismo. Valeriano y Tiburcio fueron dos mártires de Jesucristo, siendo su corona triunfo y fruto de las oraciones de Cecilia. Despues de muertos los dos ilustres hermanos por sentencia de Almaquio, prefecto de Roma, quiso el juez confiscar todos sus bienes; pero ya la caridad de Cecilia los había derramado todos en el seno de los pobres. Mandóla prender, con resolución de obligarla á sacrificar á los dioses, ó de sacrificar á ella á una muerte ignominiosa. Cuando la llevaban á la cárcel, compadecidos los soldados de ver á una tierna doncella en la flor de su edad, de extraordinaria hermosura, despreciar de aquella manera la vida, los honores, los bienes y las esperanzas del mundo, le decían lastimados y aun enternecidos, que haría mejor en rendirse con docilidad á ofrecer sacrificio á los dioses del imperio para gozar de la fortuna que le prometían sus prendas, que obstinarse con terquedad en defender una religion proscripta y condenada por tantos edictos de los emperadores. Pero Cecilia, dotada del espíritu de Dios, que es espíritu de discernimiento, juzgaba sanamente de todo, dando á cada cosa su legítimo valor, y así les respondió con aquella discretísima dulzura que abre el camino á la persuasión: *Bien se conoce, hermanos míos, que no sabeis lo glorioso que es dar la vida por confesar á Jesucristo. mi mayor pasión es el amor, es la ansia por la corona del martirio. A vosotros os compadece mi florida juventud y mi caduca belleza; pero tened entendido que no*

las pierdo por el suplicio, solamente las trueco por otras que poseeré eternamente. El trueque es muy ventajoso para mí: cambio estiércol por oro, dejo una casa vil por habitar un magnífico palacio, y cedo una vida perecedera por entrar en posesion de otra que jamás se ha de acabar. Pongo á los piés unas piedras de ningun valor, por coronarme en el cielo con una diadema cuajada de piedras que no tienen precio. Decidme, hermanos, ¿cuál de estos dos partidos os parece que me tendrá mas cuenta? Acabado este discurso que oyeron todos con mucha atencion, subió sobre una piedra que estaba cerca por casualidad, y levantando la voz, les preguntó si creían lo que les acababa de decir. ¡O prodigio de la gracia! todos á una voz le respondieron: Creemos que solo se debe adorar por Dios á Jesucristo, que tiene una sierva tan fiel y tan santa como tú. Pues id, replicó Cecilia, y suplicad de mi parte al prefecto me haga el favor de concederme un poco mas de tiempo; entre tanto, haré venir á mi casa una persona que por medio de las aguas del bautismo os haga participantes de la vida eterna de que os acabo de hablar. Fueron á dar el recado al prefecto; y la santa por su parte envió otro al papa san Urbano, el cual acudió en diligencia, y bautizó á mas de cuatrocientas personas de uno y otro sexo, y entre ellas fué una Gordiano, célebre romano, que despues, con su mucha autoridad, conservó la casa de Cecilia, y secretamente la consagró en iglesia, donde estuvo por algun tiempo escondido el mismo san Urbano, ofreciendo en ella el tremendo sacrificio de la misa. Persuadido Almaquio de que la santa, por conservar la vida, se había rendido en fin á su deseo, la mandó llamar, y le dijo: Dime, hija mia, ¿cómo te llamas, y qué calidad es la tuya? Llámome Cecilia, respondió la santa, y soy de casa muy ilustre. No pregunto eso replicó el prefecto, sino qué religion profesas. Pues te explicaste mal (re-

puso Cecilia), porque tus preguntas no hablaban de religión. Y tú te explicas con demasiado atrevimiento, le dijo resentido Almaquio. No lo extrañes, respondió la santa, porque es propio de la buena conciencia y de la verdadera fe hablar con libertad y sin cobardía. Por la cuenta no debes de saber (replicó el prefecto) que los jueces tenemos poder sobre la vida y sobre la muerte. Mucho te engañas en eso, respondió la valerosa doncella: esa autoridad, de que tan vanamente te jactas, se reduce á ser un infeliz ministro de la muerte, abusando de tus facultades para quitar la vida á los inocentes; pero no las tienes para darla al mas despreciable insecto: ni tu autoridad ni tu jurisdicción llegan á tanto; y así déjate de ponderar con ridícula jactancia ese tu quimérico poder. Asombrado el prefecto de la discreción y del despejo de Cecilia, le dijo, en fin, que obedeciese las órdenes del emperador, y sacrificase á los dioses del imperio. Lastimosa cequedad sería (le respondió la santa con generosa resolución) ofrecer incienso á un pedazo de madera, doblar la rodilla á una figura de piedra, y rendir á una estatua la suprema adoración que á solo Dios vivo se debe. Y en conclusión, Almaquio, en vano te cansas intentando contrastarme: ninguna cosa del mundo será capaz de romper los amorosos lazos que me estrechan con mi Señor Jesucristo. Irritado el prefecto de su constancia, mandó que la restituyesen á su casa, y que en ella misma la cerrasen dentro de un baño caliente donde perdiese la vida sofocada de los vapores y de las llamas. Veinte y cuatro horas se mantuvo en él sin recibir lesión alguna, ni experimentar mas incomodidad que si se estuviese recreando en un baño de agua dulce, á pesar de las diligencias que se hacían para avivar la voracidad del incendio; convirtiendo Dios, como en el horno de Babilonia, el ardor de las llamas en delicioso refrigerio. Informado el juez de aquel

prodigio, despachó un verdugo para que en el mismo baño le cortase la cabeza. Descargó sobre ella tres golpes, y aun la dejó pendiente y viva, en cuyo estado se mantuvo tres dias, empleando todo este tiempo en exhortar á los fieles á la constancia en la fe. ¡Bello espectáculo para los que visitaban á la jóven delicadísima mártir, leer la misma firmeza que ella les predicaba en los sangrientos caracteres que habia estampado en su tierno cuerpo el cruel acero! Mucha gracia tiene predicar la fe cuando se está á punto de espirar por defenderla. Esto hizo Cecilia el dia 22 de noviembre del año de nuestra salud 232.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, santa Cecilia, virgen y mártir, que ganó para Jesucristo á su esposo Valeriano, y á Tiburcio hermano de este, y los alentó al martirio. Luego que le hubieron padecido, Almaquio, prefecto de la ciudad, habiéndola mandado prender, y arrojar al fuego cuya violencia superó la santa, la hizo pe-recer al filo de la espada, en tiempo del emperador Marco Aurelio Severo Alejandro.

En Colosa de Frigia, san Filemon y santa Apia, discípulos de san Pablo, quienes, habiendo sido presos en tiempo de Neron, mientras los otros echaron á huir cuando los gentiles invadieron la iglesia donde estaban los fieles, el dia de la fiesta de Diana, fueron azotados de orden del presidente Artoeles, luego en terrados hasta la cintura, y apedreados.

En Roma, san Mauro, mártir, quien, habiendo ido de Africa á visitar los sepulcros de los santos apóstoles, fué martirizado bajo Celerino, prefecto de la ciudad, en tiempo del emperador Numeriano.

En Antioquía de Pisidia, san Marcos y san Estéban, martirizados bajo el emperador Diocleciano.

En Autun, san Pragmacio, obispo y confesor.

Este propio día, santa Marema, virgen.

Tambien este mismo día, san Zeto, mártir.

En Cesarea de Capadocia, el martirio de san Verociano.

En Oña en el obispado de Burgos, la venerable Tigrída, virgen, abadesa, hija de Sancho, conde de Castilla.

La misa es en honor de la santa, y la oracion la siguiente :

Deus, qui nos annua beatae
Ceciliae, virginis et martyris
tuae, solemnitate latificas : da,
ut quam veneramus officio,
etiam pie conversationis se-
quamur exemplo. Per Dominum
nostrum...

O Dios, que cada año nos alegras en la festividad de tu virgen y mártir la bienaventurada Cecilia : concédenos que imitemos con el ejemplo á la que solemnizamos con la veneracion y con el culto. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 51 del libro de la Sabiduría.

Domine Deus meus exaltasti
super terram habitationem
meam; et pro morte defluente
deprecata sum. Invocavi Domi-
num Patrem Domini mei, ut
non derelinquat me in die tri-
bulationis meae, et in tempore
superborum sine adjutorio.
Laudabo nomen tuum assidue,
et collaudabo illud in confes-
sione, et exaudita est oratio
mea. Et liberasti me de perdi-

Señor Dios mio, ensalzaste mi habitacion sobre la tierra; y yo te rogué por la muerte que todo lo destruye. Invoqué al Señor, Padre de mi Señor, para que no me deje sin socorro en el día de mi tribulacion, y en el tiempo que dominan los soberbios. Alabaré continuamente tu nombre, y le celebraré con hacimientos de gracias porque mi oracion fué oída; y me librate

tionem; et eripuisti me de tem-
pore iniquo. Propterea confite-
bor, et laudem dicam tibi.
Domine Deus noster.

NOTA.

« El capítulo 51 del libro del Eclesiástico, de donde se sacó esta epístola, contiene la oracion que hizo á Dios Jesus, hijo de Sirach, dándole gracias por haberle librado de muchos grandes peligros; y no hay cosa mas adaptada á las santas virgenes y mártires, que lo que les aplica la Iglesia en esta epístola. »

REFLEXIONES.

Mi Dios y mi Señor, teneisme prevenida una habitacion que está muy elevada sobre la tierra. ¡Qué pensamiento de tanto consuelo! y ¡cuántos recursos encuentra en esta dulce verdad un corazon verdaderamente cristiano! La memoria de la majestad consolaba á David en todos sus trabajos; tanto en el campo, como en el ejército, ya luchando con los leones, ya combatiendo contra Goliath; el pensamiento de que algun día habia de ser rey suavizaba todas sus fatigas. Mucho tengo que padecer (diria él) en estos ásperos desiertos: paso, á la verdad, dias penosos y tristes; pero al fin algun día he de ser rey. Tengo enemigos y envidiosos; soy perseguido por la justicia; véome precisado á andar errante y fugitivo; faltanme las cosas mas necesarias para la vida; pero he de ser rey algun día. ¡O cuántos disgustos nos ahorrariamos! y á lo menos, ¡qué consuelo encontraríamos en las miserias y en los trabajos de esta vida si, considerándonos como futuros ciudadanos de la corte celestial, como hijos adoptivos de Dios vivo por el sacramento

del bautismo, como herederos presuntivos de la gloria eterna, nos acordásemos de que solo estamos en este destierro, en este valle de lagrimas para reinar algun dia en el cielo en compañía de los bienaventurados ! Mucho tiempo ha, podíamos decir que padecemos, gimo y lloro oprimido de la pobreza en una infeliz oscuridad : en ninguna cosa encuentro mas que espinas, abrojos y cruces que nacen debajo de mis mismos piés : mojo el triste pan que como en las amargas lagrimas que derramo ; pero un poco de paciencia y no mas : dia vendrá, si soy santo, en que me he de ver en el cielo. ¡ Cosa rara ! Ofrecenos Dios una vida bienaventurada y eterna ; pero como si desconfiáramos de sus promesas, ó como si nos olvidáramos de los deseos mas naturales, proseguimos viviendo como si no tuviéramos otra vida que esperar. Es demasiada verdad que hay muchas personas en el mundo á quienes se les daría muy poco de no ver á Dios, para quienes no tendría el cielo grandes atractivos como pudiesen vivir eternamente en la tierra. Esto causa admiracion ; pero mas asombroso es lo que se sigue. No solo preferiríamos el vivir eternamente en la tierra á la dicha de vivir eternamente en el cielo, sino que aun esta corta, penosa y caduca vida que tenemos no dejamos de preferirla á la vida y á la felicidad eterna. Dos dias de embeleso nos hacen olvidar aquel colmo de bienes infinitos : algunos pocos pasatiempos insípidos y aun extremadamente amargos nos quitan el gusto á unas delicias inefables. Se postpone, se sacrifica la posesion de un Dios con todos los bienes infinitos, de que es manantial y origen al menor objeto criado. ¿ Somos cristianos ? ¿ tenemos fe ? y si la tenemos, ¿ somos racionales ? Es preciso que nos falte una de dos, ó la fe, ó la razon. si ya no nos faltan entrambas. Consultemos nuestras máximas, nuestros deseos, nuestra con-

ducta : ¿ pensamos, procedemos, obramos como hombres que solo suspiran por el cielo ?

El evangelio es del cap. 25 de san Mateo.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc : Simile erit regnum cœlorum decem virginibus : quæ, accipientes lampades suas, exierunt obviam sponso et sponsæ. Quinque autem ex eis erant fatuæ, et quinque prudentes : sed quinque fatuæ, acceptis lampadibus, non sumpserunt oleum secum : prudentes verò acceperunt oleum in vasis suis cum lampadibus. Moram autem faciente sponso, dormitaverunt omnes et dormierunt. Media autem nocte clamor factus est : Ecce sponsus venit, exite obviam ei. Tunc surrexerunt omnes virgines illæ, et ornaverunt lampades suas. Fatuæ autem sapientibus dixerunt : Date nobis de oleo vestro, quia lampades nostræ exstinguuntur. Responderunt prudentes, dicentes : Ne fortè non sufficiat nobis, et vobis : ite potius ad vendentes, emite vobis. Dum autem irent emere, venit sponso : et quæ paratæ erant, intraverunt cum eo ad nuptias, et clausa est janua. Novissimè verò veniunt, et reliquæ virgines, dicentes : Domine, Domine, aperi nobis. En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discipulos esta parábola : Será semejante el reino de los cielos á diez vírgenes, que, tomando sus lámparas, salieron á recibir al esposo y á la esposa. pero cinco de ellas eran necias, y cinco prudentes. Mas las cinco necias, habiendo tomado las lámparas, no llevaron consigo aceite ; pero las prudentes tomaron aceite en sus vasijas, juntamente con las lámparas. Y tardando el esposo, comenzaron á cabecear, y se durmieron todas ; pero á eso de media noche se oyó un gran clamor : Mirad que viene el esposo, salid á recibirle : entonces se levantaron todas aquellas vírgenes, y adornaron sus lámparas. Mas las necias dijeron á las prudentes : Dadnos de vuestro aceite, porque se apagan nuestras lámparas. Respondieron las prudentes, diciendo : No sea que no este para nosotras y para vosotras ; id mas bien á los que lo venden, y comprad para vosotras. Pero mientras iban á comprarlo, vino el esposo, y las que estaban prevenidas entraron con él á las bodas, y se cerró la puerta. Al fin, llegan tambien

At ille respondens, ait: Amen dico vobis, nescio vos. Vigilate itaque, quia nescitis diem neque horam. las demás vírgenes, diciendo: Señor, Señor, ábrenos. Y él les responde, y dice: En verdad os digo que no os conozco. Velad, pues, porque no sabeis el día ni la hora.

MEDITACION.

DE LA SUPREMA DESDICHA DEL HOMBRE

PUNTO PRIMERO.

Considera que la suprema desdicha del hombre es ser reprobado y desechado de Dios: *Nescio vos*. La posesion de Dios es su suprema dicha: ¿quién se atreverá á negar esta verdad? Luego perder á Dios y perderle para siempre, no puede menos de ser su mayor desgracia.

Fué criado el hombre para solo Dios: este es nuestro fin, nuestra satisfaccion, nuestro centro. No hay que consultar por eso sino á nuestro corazon. Despues de seis mil años y mas que todos los hombres están trabajando por hacerse felices, ninguno pudo encontrar reposo lleno y perfecto que fijase, que satisficiese todos sus deseos: siempre queda en ellos un inmenso vacio que no pueden llenar todos los objetos criados; y es porque el hombre no se hizo para ellos. Es menester que se eleve hasta el mismo Dios; y en tomando este partido, encuentra una paz y un consuelo que no halla en otra parte. Solo Dios es su fin, y el centro de su reposo; esto aun desde esta vida; ¿qué será en el cielo por toda una eternidad, comunicandose Dios afectuosamente á una alma, entregándose todo á ella sin reserva, entrándose esta,

y, por decirlo así, anegándose en el gozo, en la felicidad del Señor! Concibe, si es posible, el infinito valor, la inmensidad de esta dicha; pero concibe tambien por la misma razon la desgracia de perder á Dios, de ser aborrecido, de ser reprobado de Dios, siendo objeto funesto de su indignacion y de su cólera. *Nescio vos*.

Aunque hubieras sido el monarca mayor del universo, el hombre mas poderoso, el mas feliz de todos los siglos; si en el momento que sales de este mundo te dice el Señor: *Nescio vos*, no te conozco, no sé quién eres, jamás te conoceré, siempre serás objeto de horror á mis ojos, siempre abominable á mi corazon, siempre materia de mi encendida cólera, *Nescio vos*; ¿qué será de tí, y qué serás tú mismo por toda la eternidad?

Incurrir en la desgracia de un padre, de un poderoso protector, de quien dependia toda nuestra fortuna, de un amigo que era todo nuestro consuelo, es por cierto bien triste situacion. Perder un pleito, cuya pérdida trae consigo la de toda la familia, verse uno desgraciado con el soberano, y por esta desgracia perder la honra, los empleos, los bienes, y salir desterrado de su patria, verdaderamente que parece se debia preferir la muerte á esta cruel cadena de desgracias; pero de buena fe, ¿qué viene á ser todo esto en comparacion de la reprobacion eterna? ¿qué decretos de principes, qué sentencias de tribunales, qué proscripciones ignominiosas pueden entrar en cotejo con aquel *Nescio vos* de un Dios soberanamente irritado? ¿Dónde hay rayo que mas abraza, que mas aniquile, que mas desespere, que estas terribles palabras?

Haced, Señor, que comprenda yo bien todo su significado y todo su rigor; que penetre en esta vida toda su amargura para no oirla, para no experimen-